

Jeremías

Comienzo del estudio del texto

Dayton Keesee

Al empezar el estudio del libro de Jeremías, los sentimientos de J. A. Thompson preparan el escenario para llevarlo a cabo.

Todavía recuerdo muy vívidamente la primera visita que hice a la moderna aldea árabe de 'Anata, la cual debe de representar el sitio aproximado de la aldea de Anatot, de Jeremías. Toda la aldea parecía estar en llamas debido al color de las flores de almendro que se extendían en todas las direcciones. Me subí a una cerca alta y arranqué media docena de granos de almendra, que habían quedado de la estación anterior, las cuales eran para llevar a Australia como una ayuda visual para la enseñanza. En mi imaginación vi a Jeremías esforzándose por recorrer los casi cinco kilómetros de colinas que le separaban de Jerusalén, para ponerse de pie en el atrio del templo y predicar su Sermón del Templo. He acudido una y otra vez a ese sermón para enriquecer mis prédicas a lo largo de los años, pero no únicamente al Sermón del Templo, pues todo el libro todavía parece estar vivo, y constituye una fuente inagotable de enseñanza para mí...¹

A lo largo de los siglos, gran cantidad de estudiantes se han unido a Thompson al meditar en el mensaje inspirado que el Espíritu y Jeremías han proporcionado para ese propósito. Bill Banowsky hizo notar:

Jeremías fue producto de su propia era tumultuosa y tenía un mensaje urgente para sus contemporáneos. Sus escritos son históricamente significativos, al representar de una manera muy cándida la descomposición interna de Judá. Sin embargo, al igual que los demás profetas, él pudo trascender su propio

ambiente y proclamar principios perennes que son válidos para todas las eras, y vitales para la nuestra.²

Se le invita a usted a formar parte de los que se han fortalecido espiritualmente con el estudio de estas páginas inspiradas. Esa «era tumultuosa» hizo erupción, dando como resultado el fin del Imperio Asirio, y el nacimiento del Imperio Babilónico. El primer imperio ya había llevado al pueblo de Dios (Israel) al cautiverio en Asiria (721 a. C., 2º Reyes 17), y el segundo era el que llevaría al pueblo de Dios (Judá) al cautiverio en Babilonia (605 a. C.; 2º Reyes 24; 25) antes que el relato terminara. Los eventos que desembocaron en la caída de Judá, y las súplicas de Jeremías para evitarla, constituyen una triste narrativa.

El Dr. Moorehead describió ese doloroso período con las siguientes palabras:

A Jeremías le correspondió profetizar en un tiempo cuando todo Judá se precipitaba hacia su dolorosa y final catástrofe; cuando la agitación política se encontraba en su punto más álgido; cuando las pasiones más bajas arrastraban a los diferentes partidos, y cuando imperaba la más letal asesoría. Le correspondió pararse en el camino por el cual su nación se desplazaba de cabeza hacia la destrucción; para hacer un heroico esfuerzo por detenerla, y hacer que se devolviera; y para fracasar, y verse obligado a apartarse y observar a su propio pueblo, al que amaba con la ternura de una mujer, arrojarlo al precipicio sobre la ancha y envolvente ruina.³

La tristeza de la escena fue descrita además por

¹ J. A. Thompson, *The Book of Jeremiah (El libro de Jeremías)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1981), vii.

² Bill Banowsky, "Jeremiah" («Jeremías»), *2nd Annual Ft. Worth Christian College Lectureship* (1961): 308.

³ Citado en G. Campbell Morgan, *Studies in the Prophecy of Jeremiah (Estudios en la profecía de Jeremías)* (Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1969), 10.

Thomas Babington Macaulay:

Es difícil concebir situación más dolorosa que la de un gran hombre, condenado a mirar la prolongada agonía de un país exhausto, a cuidar de este durante ataques alternos de estupefacción y de locura que precedieron a su disolución, y a ver los síntomas de vitalidad desapareciendo uno por uno, hasta no quedar nada sino frialdad, tinieblas y corrupción.⁴

¿CÓMO LLEGÓ LA NACIÓN A TAL ESTADO?

Una sutil lección que se debe aprender, en cuanto a la caída de Judá, se da a conocer en 2º Reyes 22. Al estudiar Jeremías, veremos vívidamente el estado degenerado de los profetas, los sacerdotes y el pueblo de Judá. La sorprendente escena de 2º Reyes presenta actitudes y una forma de ver las cosas que encuentran en la cristiandad un paralelo más estrecho del que podemos suponer.

En medio de adoradores de ídolos, falsos profetas y reyes rebeldes, había un grupo del pueblo de Dios, grupo ingenuo, ignorante y satisfecho consigo mismo, que se deslizaba hacia la muerte espiritual. Note la atmósfera espiritual imperante en Jerusalén cuando Josías comenzó su reforma religiosa a los dieciocho años de su reinado (cerca del 622 a. C.). El rey Josías envió al escriba Safán al sumo sacerdote Hilcías para que «[contara] el dinero que [habían] traído a la casa de Jehová», dinero que los guardianes de la puerta habían recogido del pueblo (2º Reyes 22.3–4). Este dinero había de ser puesto en mano de los obreros que estaban a cargo de la construcción de la casa de Jehová (vers.º 5). Estos obreros eran diestros carpinteros, constructores y albañiles que sabían cómo comprar madera y cantería para reparaciones (vers.º 6). Eran hombres honrados, en quienes se podía confiar el «manejo» del dinero (vers.º 7), al punto que no era necesario tomarles cuenta de lo que se les daba.

Fue en esta situación propiciada por esta renovación, que un descubrimiento se hizo. Hilcías encontró el libro de la ley en la casa de Jehová (vers.º 8). Hilcías dio aquel libro al escriba Safán, quien lo leyó. Aunque el libro fue hallado y leído, Safán prosiguió como si nada, llevando el dinero a los obreros y dando el informe al rey. Pareciera que fue de una forma casual que le informó al rey de que Hilcías había hallado el libro de la ley (se refirió a este como «un libro»; vers.º 10), y Safán lo leyó en presencia del rey.

Cuando el rey oyó las palabras de aquel libro, rasgó sus vestidos (señal de seria preocupación, tristeza, temor o penitencia; vea Génesis 37.29, 34; 44.13; Números 14.6; Josué 7.6; 2º Samuel 3.31). De inmediato, dio orden a funcionarios importantes que fueran y preguntaran a Jehová por él, por el pueblo, y por todo Judá (vers.º 13). Les dijo: «... grande es la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros» (vers.º 13). ¡Reconoció que su pueblo y los padres no habían escuchado las palabras de ese libro! Además, les mostró preocupación inmediata, refiriéndose a tales palabras como «todo lo que nos fue escrito» (vers.º 13). Envío a sus funcionarios más importantes «a la profetisa Hulda» (vers.º 14). El rey se dio cuenta de que era justificado reaccionar de forma tan visiblemente alterada, cuando el mensaje de Hulda, de parte de Dios, le fue respondido. El libro declaraba que la ira de Dios se había encendido contra el pueblo, y el mensaje de Dios por medio de la profetisa, era que esa ira no se apagaría (vers.º 17).

¿Ha observado usted diferentes influencias y respuestas entre personas que por lo general se consideran «buenas», en cuanto a la ley de Dios y el mensaje que esa ley tiene para ellos?

LA APLICACIÓN QUE INVITA A REFLEXIONAR

Note usted la actitud de satisfacción consigo mismos que caracterizaba al pueblo de Dios al mostrarse tan tranquilos como si nada estuviera pasando, mientras se acercaban al momento de desastre nacional que culminaría con el cautiverio en Babilonia.

1. Hilcías, el sumo sacerdote, estaba contando dinero. Había reducido a los asuntos materiales la función sacerdotal ordenada por Dios de rendir servicio espiritual presentándose delante de Dios por el pueblo (no hacía más que «cuidar de las ofrendas»; vea Números 18.6–8).

2. Había obreros honrados dedicando su tiempo al trabajo en la casa de Jehová («estaban atentos a las necesidades del edificio de la iglesia»). En lugar de ser un lugar de adoración, el templo era simplemente un lugar de trabajo.

3. Hilcías había encontrado por casualidad un ejemplar de la ley en la casa de Jehová, y se lo dio a Safán sin ni siquiera leerlo.

4. Safán, un escriba que debía haber sido experto en el conocimiento y el uso de la ley de Dios, lo leyó, ¡pero no le produjo ninguna inquietud espiritual ni lo movió a enseñarla! Se refirió a ella como «un libro», tratándola con el respeto que uno

⁴ Ibíd., 9.

podría tenerle a una revista, periódico o noticia televisiva. ¡No hubo seguimiento, ni inquietud, ni autoexamen, ni acción, ni cambio!

¿Cuántas personas que tienen Biblia, van a la clase bíblica sin ella, o tal vez sin ni siquiera haber dedicado quince minutos a la preparación de una lección? ¿Cuántos hay que jamás consideran preguntarse qué habrá en ese estudio que se aplique a su vida? ¿Cuántos hay que jamás se preguntan qué pensará Dios de sus hábitos de estudio bíblico [o de su preocupación por el pueblo de Dios, por la Palabra y las amonestaciones de Este]? ¿Cuántos oyen un sermón, pero olvidan el mensaje para la siguiente reunión, o no aplican personalmente el sermón de modo que dé como resultado un estudio más a fondo, crecimiento espiritual o transformación de la vida?

5. No hay nada que indique que los obreros tuvieran contacto alguno con la ley de Dios. Eran hermanos dedicados, honrados que jamás ponían interés en estudiar lo que «[les] fue escrito» por Dios. ¿Cuánto estudia usted la Palabra de Dios?

6. Si el rey no hubiera oído la ley, parece que no hubiera habido inquietud, ni respuesta, ni restauración. ¡Todos los demás dirigentes se habían alejado de la ley de Dios para caer en moldes tradicionales! Puede que el pueblo de Judá haya sido religioso, pero no era justo; eran tradicionales, ¡pero no eran fieles a la ley de Dios!

¿Y usted? ¿Tiene usted un verdadero interés y está siendo transformado a raíz de lo «[le] fue escrito» en la ley de Dios? ¿Está usted haciendo alguna investigación acerca de la Palabra de Dios y las amonestaciones de Este para nosotros? ¿Está usted ayudando a llevar a cabo alguna reforma o restauración en nuestros días?

¡Qué sutil puede ser Satanás cuando arrulla a los discípulos de Dios con el canto de la indiferencia! El diablo puede usar casi cualquier cosa para extender su mano y atrapar a algunos del pueblo de Dios que estén a punto de perecer porque les falta conocimiento (Oseas 4.6). En esta condición se encontraba el pueblo de Judá cuando Jeremías entró en escena y les dio el libro inspirado. ¿Qué papel jugó Jeremías en esta triste situación?⁵

⁵ Para un estudio más detallado de las dificultades del profeta, vea la edición anterior, «Jeremías, núm. 1», de *La Verdad para Hoy*.

Jeremías era profeta. Esta [afirmación], aunque podría parecer trillada e innecesaria, es fundamental para entender tanto al hombre como su libro. Muchos superlativos se podrían usar, y se han usado, para describir a Jeremías. Su elocuencia y sus excepcionales dotes poéticos han sido alabados; su profundo discernimiento, la valentía que lo impulsaba, su inalterable compromiso y ferviente proclamación de la Palabra de Dios, hacen de él uno de los héroes de la historia bíblica que verdaderamente se destacan. Era sincero —lo suficiente para revelar sus dudas, temores y frustraciones a todas las generaciones que le sucedieron. Era un caballero lleno de compasión por sus compatriotas. Era un estadista, el más destacado estadista de Judá en aquellos tiempos de desesperante agonía de la nación. Sin embargo, aunque estos superlativos son todos acertados, es poco lo que añaden al entendimiento que podamos tener de Jeremías. Este fue ante todo profeta de Dios. Creía en lo más profundo de su corazón que era vocero del Dios viviente.⁶

Cómo llegó a ser profeta y la manera como respondió al desafío nos será presentado a nosotros a medida que avancemos en el estudio capítulo por capítulo que haremos del libro.

⁶ James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations (Jeremías y Lamentaciones)* (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 55.

El camino de la salvación para hoy día

Jeremías escribió antes de la Era Cristiana; por lo tanto, sus escritos no contienen una clara expresión de cómo llega uno a ser cristiano en esta era posterior a la venida de Cristo. Las condiciones generales de fe en Dios, de arrepentimiento del pecado y de obediencia a los mandamientos de Dios, constituyen lo más cercano a que Jeremías llegó para decirnos cómo vivir para Dios hoy día. A la luz de las enseñanzas del Nuevo Testamento, tendríamos que añadir a estas tres condiciones: la fe en Jesús (Juan 8.24), la confesión de Jesús como hijo de Dios (Mateo 16.16), y el bautismo para el perdón de pecados (Hechos 22.16).